

SOCIOLOGÍA DE LA VIOLENCIA EN EL FUTBOL PERUANO

Aldo I. Panfichi,
Departamento de Ciencias Sociales
Pontificia Universidad Católica del Perú

La violencia en el Fútbol se ha convertido en un problema serio en todas las sociedades donde el deporte rey ha sentado sus reales. Por lo tanto es urgente tener una comprensión cabal del fenómeno, alejándonos de las simplificaciones que solo lo agravan, no solo por un ejercicio meramente académico sino también para que las autoridades puedan gestionarlo o controlarlo con políticas eficaces. En ese artículo partimos de la premisa que para entender la violencia en el futbol es necesario precisar la naturaleza sociológica de este, y ubicarlo en el contexto histórico y cultural en el que se desarrolla.

La naturaleza sociológica del fútbol está definida por su capacidad de crear y recrear identidades deportivas, canalizar rivalidades de toda índole, y generar prácticas contenciosas entre grupos de aficionados y entre estos y las autoridades. Sin embargo, como las prácticas sociales y las emociones tienen formas históricas, es decir son producto de la cultura y el tiempo, es necesario ubicar las formas de violencia que queremos estudiar en un momento histórico determinado.

Un concepto clave en este enfoque es el de rivalidades. Siguiendo los escritos de Richard Giulianotti (2001), creemos que desde sus orígenes la historia del fútbol ha sido una historia de rivalidades entre identidades opuestas, las cuales tienen la virtud de mostrarnos la existencia de antagonismos y diferencias bastante arraigadas en la sociedad. Es decir, la rivalidad siempre ha estado y estará presente en el futbol, no desaparece sino que es altamente probable que se transforme y adquiera nuevas formas. El fútbol a través de estas rivalidades involucra identidades opuestas, las cuales casi siempre expresan clivajes de clase social, étnico cultural, barrial, u ocupacional. Basándonos en el estudio de las dos

principales identidades futbolísticas del Perú, los clubes Alianza Lima y Universitario, proponemos la siguiente línea argumental:

En las últimas cuatro décadas, la rivalidad que enfrenta a los hinchas de ambos clubes se ha transformado adquiriendo un carácter más organizado, violento, y antagónico. La violencia en el fútbol, de esta manera, se ha convertido en un problema social mucho más complejo, con más actores colectivos involucrados, narrativas radicales de descalificación al adversario, y formas diversas de expresión, todo lo cual requiere la atención del estado y la sociedad civil. La situación era diferente en la primera mitad del siglo XX, cuando las identidades deportivas estaban firmemente arraigadas en clivajes de clase, etnicidad, barrio, nacionalidad u ocupación. Los enfrentamientos y las disputas entre los aficionados sucedían en forma espontánea, al calor de los partidos, pero no contaban con legitimidad social, ya que colisionaban con las nociones de decencia, caballerosidad y buena conducta que promovía la práctica del deporte como muestra de modernidad y civilización. El fútbol entonces era considerado un espectáculo familiar y no existían grupos organizados para el aliento ni el enfrentamiento.

La pregunta es, entonces, ¿por qué y cómo ha ocurrido este cambio del sentido de la rivalidad y en el ejercicio de la violencia en el fútbol? Para responder hay que analizar la matriz histórica dentro de la cual este cambio ocurre y allí descubriremos que esta es facilitada por un contexto social, moral y cultural permisivo. Algunos elementos de este contexto son: a) la transformación de las identidades deportivas; b) la organización de los hinchas en barras bravas); y c) la radicalización de la rivalidad con narrativas homofóbicas, de feminización y animalización del adversario. En las siguientes páginas desarrollaremos este argumento.

1. CLUBES E IDENTIDADES

Como señalamos anteriormente la lógica subyacente del fútbol se caracteriza por el predominio de la rivalidad y el enfrentamiento entre clubes que representan identidades sociales. Al respecto, Giulianotti afirma que estas las identidades pueden tener formas semánticas o sintácticas. La primera de ellas, la identidad semántica, surge a través de un proceso por el cual las personas definen ellas mismas lo que son, tanto en términos

individuales como colectivos. La identidad sintáctica, de otro lado, resulta del proceso por el cual las personas definen lo que son a través de un rechazo enfático de lo que ellos no son. En suma, las identidades semánticas tienen sus raíces en la autoafirmación mientras las identidades sintácticas se definen por oposiciones externas. De aquí se deduce que en la medida que las identidades deportivas tienen un sentido positivo y afirmativo, hay un predominio de lo sintáctico sobre lo semántico, creándose oposiciones en distintos ámbitos y espacios de la sociedad. Oposiciones que cruzadas con las desigualdades materiales o con los antagonismos que caracterizan toda sociedad, pueden dar forma específica a las rivalidades deportivas.

No obstante las ventajas del enfoque binario, hay que relativizar la rigidez de la dicotomía ya que las identidades deportivas son, por lo general, resultado de la combinación de elementos de identidad semánticos y sintácticos. Es decir, de un proceso de autodefinition del yo pero también de diferenciación del otro y los otros. Históricamente en el Perú, las identidades futbolísticas fundacionales se forman en las primeras décadas del siglo XX, con elementos semánticos fuertes. En efecto, las identidades de los clubes más importantes del país nacen con clivajes en sectores sociales específicos, a fines de la década de 1920. De un lado el sentimiento comunitario de barrio, la cultura urbana afroperuana y la pertenencia a la clase obrera son los elementos constitutivos de la identidad futbolística del club Alianza Lima. Un club fundado en 1901, con jugadores afroperuanos y mestizos bohemios que, al mismo tiempo, se desempeñaban como peones de construcción, obreros textiles o choferes de transporte.

De otro lado, estudiantes universitarios blancos y mestizos de clase media y alta, con vínculos con las elites económicas y políticas e identificados con el club Universitario de Deportes. Este club tiene sus orígenes en la Federación de Estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, aunque recién se constituye en forma independiente en 1926. Desde ese momento este club se presenta como expresión de la juventud moderna, estudiosa y cosmopolita y, por lo tanto, rival principal de Alianza Lima. Alrededor de ambos clubes se congrega un entorno de aficionados, socios, periodistas, que jugaron un activo papel en la producción y reproducción de los elementos de identidad que

caracterizaban a cada club. Al margen de este proceso quedaron los sectores conservadores más tradicionalistas que preferían entretenimientos como los “carnavales”, las corridas de toros y las peleas de gallos.

La rivalidad entre ambos clubes e identidades tempranas tiene partida de nacimiento. Se trata del primer encuentro jugado entre ambos clubes, el 23 de septiembre de 1928, y que constituye el hito fundador de la más importante rivalidad deportiva del país, el llamado hoy “clásico de los clásicos”. Este primer encuentro fue suspendido a los 35 minutos del segundo tiempo, cuando Universitario iba ganando uno a cero, luego de una pelea entre los jugadores ambos clubes y que produjo la expulsión de 5 jugadores del Alianza Lima y 2 del Universitario. Luego de este incidente, las peleas se generalizaron en las tribunas, cuando espectadores ubicados en la tribuna de preferencia lanzaron insultos racistas y golpearon con sus bastones a los jugadores del Alianza Lima, quienes ingresaron a dicha tribuna para responder con golpes a las ofensas.

Lo interesante es que estos partidos son presentados por la prensa de aquellos años como el enfrentamiento entre dos formas opuestas de concebir y encarar la vida. Cada una de ellas asociada además a estrategias y estilos de juego propios. En opinión de fanáticos y comentaristas deportivos, el Alianza Lima se caracteriza por un juego donde predomina la habilidad y la destreza con el balón. Se trata, sobre todo, de ganar pero jugando “bonito”. La superioridad debe quedar así claramente establecida. El Universitario, por el contrario, apela a la rigurosa preparación, la fuerza, el coraje y el esfuerzo físico para acortar ventajas e imponer condiciones. Según viejos ex jugadores de la época, para enfrentar al Alianza Lima había que tener “empuje” para no dejarlos jugar y hostigarlos hasta “ganarles la moral”. Esta fue precisamente la estrategia utilizada por el Universitario de Deportes para sorprender a los hábiles jugadores del Alianza Lima y ganar el primer e histórico “clásico”. Un resultado que no fue aceptado por los aliancistas argumentando que ni el árbitro ni las autoridades fueron imparciales. Versiones encontradas que siempre aparecen cuando se juega un nuevo clásico.

A pesar de la pelea del primer partido y de la tensión de los partidos siguientes que definían el campeón de ese año 1928, la violencia no contaba con la aprobación de los aficionados ni de las autoridades deportivas que la consideraban primitiva y mal educada. La primacía de los elementos semánticos de la identidad (autoafirmación), en un contexto de progreso y modernización de Lima y la sociedad peruana, hace que la rivalidad se exprese en términos de honor, decencia, y caballerosidad. De allí surge, por ejemplo, la denominación de “compadres” del fútbol peruano a los clubes Alianza Lima y Universitario de Deportes, y las leyendas urbanas que hablan de jaranas y noches de bohemia que compartían los jugadores de ambos clubes después de los enfrentamientos. (Nota: denominación que hoy en día muy pocos aficionados la utilizan, y que ha sido remplazado por denominaciones antagónicas).

En la segunda mitad del siglo XX, en especial en las últimas décadas, la sociedad peruana sufre una serie de grandes procesos de transformación estructural. De ser un país mayormente rural se convierte en un país urbano producto tanto de las oleadas migratorias del campo a la ciudad como de la mejora de la salud pública, con el incremento de las tasas de fecundidad y el descenso de la mortalidad infantil. El crecimiento de las ciudades y la crisis económica de los años ochenta (la década perdida en América Latina) y noventa dio un impulso formidable al sector informal. Y la guerra interna que sufrió el país en la década de los noventa produjo más de 60,000 muertos y miles de desaparecidos que destruyeron el tejido de la sociedad civil y tiñeron de un discurso bélico las interacciones sociales. Todo esto paralelo al desarrollo de la alta competencia y el negocio fútbol en la esfera internacional.

En ese nuevo contexto, las identidades futbolísticas si bien preservan algunos aspectos de las identidades primigenias, ahora incorporan elementos emocionales y simbólicos más generales que les permiten apelar a todos los grupos sociales. De una identidad primigenia que apela a obreros negros, artesanos mestizos o italianos pobres, y al barrio como familia ampliada los hinchas de Alianza Lima pasan a identificarse con la “intimidad” del grupo y el “corazón” para ganar. En esta conversión hacia contenidos más emocionales tiene un papel central la pérdida completa del equipo de fútbol en 1986, en un accidente aéreo, que

produce discursos y rituales de tragedia y renacimiento, de pérdida y recuperación, que ha cohesionado y vuelto aun más militante la devoción de los aficionados por este club. De otro lado con Universitario ocurre algo similar. Identificado inicialmente con los estudiantes y profesionales blancos y decentes de clase alta y media, pasa a representar la “fuerza” y la “garra” de los migrantes, informales y emergentes que se hacen un sitio en la ciudad a codazos e incluso con un ímpetu violento e infractor.

Pero no hay que perder de vista que en esta transformación las formas de identidad sintácticas (lo que no quiero ser) adquieren mayor relevancia que en el pasado. En efecto, la rivalidad no es solo autoafirmación sino también el rechazo visceral a los significados y colores que identifican al rival. De esta manera, los amigos y enemigos no se diferencian por su condición económica o color de la piel, ni por la militancia partidaria o religiosa, sino por la aceptación o rechazo de los significados que encarna cada una de estas identidades revisadas. Los esfuerzos de los hinchas por superar los anclajes iniciales de clase y raza, dieron lugar a fuertes luchas o rupturas generacionales al interior de estas comunidades, formándose bandos antagónicos e irreconciliables, donde unos decían defender la manera tradicional o histórica de hacer las cosas frente a los que proponían “cambios radicales”.

En este contexto, estas identidades reformuladas cruzan transversalmente todas las clases, grupos, e instituciones, reclutando hinchas y seguidores, convirtiéndose en uno de los mecanismos más importantes de diferenciación y articulación en el Perú de hoy. Las barras organizadas expresan este proceso, sobre todo en sus aspectos más violentos

2. BARRAS BRAVAS

Desde que existe el fútbol existen los hinchas o aficionados que adhieren a uno u otro equipo. Durante la mayor parte del siglo XX los hinchas se encontraban espontáneamente en las tribunas de los estadios o en sus alrededores, para alentar a sus jugadores favoritos y a los clubes con los que se identificaban. La organización de los hinchas en comunidades de aliento y soporte es un fenómeno contemporáneo que, además, ha sufrido transformaciones hasta convertirse en un actor de presión externo e interno en los clubes, parte fundamental

del espectáculo al convertir el aliento en una mercancía, e incluso cuenta con una economía propia de la barra.

En el caso peruano las barras bravas que son una red extensa que articula numerosos grupos de hinchas, mayormente jóvenes de bajos recursos, definidos territorialmente y dispersos por toda la ciudad. La barra cuenta con un nodo central, un grupo de dirigentes de mayor edad, algunos con antecedentes policiales, que los cohesionan y los representan frente al club, los socios, los dirigentes, jugadores, empresas sponsors, y la prensa deportiva. Estos líderes han creado además una economía de la barra que incluye la comercialización de las entradas de cortesía que reciben de los clubes, el control del comercio ambulatorio en la tribuna que controlan, servicio varios a jugadores y dirigentes, aportes de los sponsors para que muestren banderas con la marca de sus productos, donaciones de jugadores para los viajes e incluso comercializando los productos “oficiales” de la barra (camisetas, CDs, etc.).

El componente territorial también es importante mencionar. La adhesión por Alianza Lima y Universitario han trascendido sus fronteras sociales y culturales originales, por lo que las comunidades de hinchas luchan por demostrar que son mayoría en el país, es decir los más populares. La prueba de esto es la capacidad de “controlar” la mayor parte de barrios y distritos de la ciudad. Esto ocurre con mayor visibilidad en Lima, pero también sucede en las ciudades de provincia, dando lugar a una suerte de geografía nacional de la rivalidad futbolística. De esta manera hay ciudades conocidas como aliancistas y otras devotas de Universitario. La rivalidad, como vemos, tiene otras dimensiones, incluso más violentas. Veamos como se ha desarrollado este proceso

Comando Sur

La barra del club Alianza Lima fue fundada en 1972 con el nombre de “Asociación Barra Aliancista” por un grupo de jóvenes de clase media, que se habían hecho socios del club atraídos por el estilo de juego y la bohemia aliancista. Inicialmente veían los partidos desde la tribuna más cómoda y costosa: “occidente” (preferencia), y es allí donde deciden fundar la barra. Para ello se organizan teniendo como referencia el comportamiento de los hinchas argentinos y deciden trasladarse con banderolas e instrumentos a la tribuna popular sur, ya

que según sus observaciones era esa tribuna la que celebraba más cálida y ruidosamente los goles del Alianza Lima. Esta tribuna era considerada aliancista pero no había allí un aliento organizado.

La idea de estos jóvenes fundadores fue organizar la barra “oficial” del club de acuerdo con su identidad original. Para esto, deciden reclutar hinchas concentrando sus esfuerzos en La Victoria, distrito de gente “pobre”, “negra” y “obrero”, en el que se ubica el mítico origen del Alianza Lima. Es interesante notar cómo estos jóvenes, a manera de peregrinaje a la tierra santa, recorrieron la Victoria en busca de los auténticos aliancistas. Detrás de este primer grupo de fundadores se fue cultivando en la tribuna popular sur la “tradicional mística” aliancista. Los barristas comenzaron a reproducir en su local los ritos religiosos que realizaban los jugadores aliancistas antes de salir al campo. Prender once velas, orar juntos y encomendarse al Señor de los Milagros, la imagen de un Cristo negro pintado en la colonia por esclavos. Además, el centro de la barra fue ocupado por un bombo de grandes proporciones, instrumento de percusión que marcaba con ritmos afroperuanos las canciones de aliento de la tribuna.

Durante los primeros años, el poder de la barra fue controlado por este grupo de fundadores, pero pronto llegaron otros barristas de extracción más popular que exigían “cambios”. Los disidentes eran golpeados y expulsados de la tribuna, pero poco a poco se fueron incrementando el número de críticos. Se reclamaba principalmente que la barra fuera conducida por una directiva “democráticamente” elegida, que se reemplazaran las viejas canciones festivas de influencia afroperuana por nuevos cánticos más frontales y agresivos contra los hinchas de Universitario, quienes estaban ampliando su influencia en los barrios populares, un terreno considerado ajeno al origen de este club rival. El primer éxito de los “innovadores”, que cuestionaron y se enfrentaron a la “tradicional mística” aliancista, fue cambiar el nombre de la barra y reconocer la existencia de grupos de hinchas de base territorial que también querían ser incluidos.

Testimonios recogidos en la propia barra señalan que un grupo de jóvenes que se hacían llamar “Los de Surco”, se convirtieron en una especie de “comando” encargado de realizar

acciones de amedrentamiento contra barristas rivales. Siguiendo el ejemplo de una barra italiana denominada “Comando Tigre”, “Los de Surco” llevaron al estadio banderolas con el nombre de “Comando Sur”. Poco a poco este nombre y estilo beligerante fue ganando prestigio y se impuso en la tribuna. Muy rápido jóvenes de todos los sectores sociales se identificaron con la emoción de confrontar violentamente a los barristas de los equipos rivales para robarles sus banderas y luego mostrarlas como trofeos de guerra. De un momento a otro la barra fue conocida como el “Comando Sur”, lo que fue plasmado en la bandera principal que se colocaba al centro de la tribuna, junto al bombo, desplazando la bandera de los fundadores que decía “Asociación Barra Aliancista”.

Los años noventa trajeron grandes transformaciones en la tribuna sur. La barra del Alianza Lima se convirtió en un fuerte polo de atracción para cientos de jóvenes que eran miembros de “pandillas” barriales. Estos jóvenes hicieron suyos los símbolos y estilos propuestos por “Los de Surco” transformando sus pandillas en barras locales que llevaban el nombre de sus barrios. El fútbol y el aliento al club paso a convertirse en el elemento organizador y de sentido de la vida de estos jóvenes. Esta constituye la diferencia entre una pandilla y una barra local: el fútbol les da una causa, una identidad, un sentido, pero también les señala quienes son los rivales a confrontar. Así las acciones de pequeño grupo tipo “comando”, se convirtieron en caminatas callejeras en las que cientos de jóvenes armados de piedras, palos y cuchillos recorrían la ciudad en búsqueda de los hinchas de otros clubes, en especial de Universitario, para incursionar en sus barrios para destruir sus emblemas, robarles sus banderolas, golpearlos y cometer toda clase de tropelías en contra de la propiedad privada y pública.

Los grupos de jóvenes y adolescentes de los distintos barrios de Lima, dieron una especie de “golpe de estado” en Comando Sur el año de 1997, arrebatando por la fuerza el poder a los adultos y jóvenes herederos del grupo fundador. Desde ese momento y hasta hoy en día, Comando Sur está en manos de un grupo de líderes con fuertes vínculos con las barras locales que son una suerte de tropa en los enfrentamientos con las barras rivales. Al mismo tiempo la barra es un factor de presión en las disputas internas entre los socios del club, convirtiéndose en un actor significativo en toda negociación. La barra además contribuye

al espectáculo deportivo con canciones, coreografías, utilizando juegos de luces y humos de colores, con lo que el aliento se convierte en una mercancía que los canales de televisión y las empresas de marketing consumen y alientan.

Trinchera Norte

La barra del club Universitario fue organizada en 1968 por estudiantes de clase media y clases altas del Colegio Jesuita “Inmaculada”, que asistía regularmente al Estadio Nacional, tribuna preferencial de Occidente. Con el paso del tiempo, el grupo de hinchas se hacía cada vez más numeroso resultando difícil congregarse a todos en esta tribuna, la más costosa y donde asistían las familias de elite del país. Por ello, estos hinchas deciden migrar hacia la tribuna “oriente”, que tenía un costo intermedio pero mayor que las populares, y donde no había restricciones de espacio ni de movimiento. En esta tribuna pasó algo inesperado para los estudiantes: cada fin de semana se plegaban más hinchas, se multiplicaban las banderas y las canciones sonaban más fuerte. Ese fue el origen de la barra “oficial” del club ubicada en la tribuna de Oriente.

El principal problema de los barristas de Universitario fue el constante hostigamiento que sufrían por parte de los barristas de Alianza Lima, ubicados en la tribuna popular sur: robo de banderolas, sabotaje a sus elaboradas coreografías y golpizas alrededor de los estadios. Los aliancistas parecían estar mejor preparados para el manejo de situaciones violentas y las presiones callejeras. Pero también fue importante la decisión de los líderes de la barra del Universitario de no confrontar físicamente a los aliancistas, sino diferenciarse como un grupo de “hinchas decentes”. Existía la idea que contestar los insultos y provocaciones de los agresores significaba descender al nivel poco civilizado del rival. De esta manera, para mantener la “decencia” de la tribuna oriente, los líderes no dudaron de hacer operaciones de “limpieza” expulsando a los barristas que consumían drogas o alcohol, que insultaban a los jugadores, o que respondían con violencia las provocaciones de la tribuna sur.

En 1989, un grupo de barristas descontentos con el liderazgo de la barra a la que acusaron de “pasiva” y “aburguesada”, decidieron romper con ella y migrar hacia la tribuna popular norte para ocuparla y reclamarla como suya. Un traslado simbólico muy importante ya que

de esta manera se declaraban también parte del pueblo. Hasta ese momento, norte era la única tribuna “vacía” simbólicamente, ningún grupo de hinchas la reclamaba como suya sino que era ocupada indistintamente por hinchas de varios equipos. Lo primero que hicieron los barristas de universitario fue desalojar violentamente a los aficionados de otros clubes y declarar que desde ese momento la tribuna popular norte les pertenecía.

Un objetivo de estos barristas fue crear una fuerza que pudiese enfrentar físicamente a los aliancistas, al mismo tiempo que rompiera con la idea de Universitario como el club de los “blancos” y los “ricos”. El reto para estos barristas fue hacer más “popular” la identidad del club, resaltando la heterogénea composición de su hinchada. Para ello, los barristas instalados en la tribuna norte construyeron la idea de la “fuerza” o el “empuje” como estrategia para alcanzar el éxito. La necesidad de consolidarse en la tribuna norte, explica, en parte por qué durante los primeros años de la década del noventa muchos barristas se sintieron atraídos por símbolos de proyectos políticos “intolerantes” o “radicales”, como por ejemplo la esvástica Nazi. Este símbolo aparecía hasta hace poco en algunas banderas y grafitis hechos por miembros de la barra. Esta atracción se encuentra también en los nombres de algunos de sus grupos, como por ejemplo el grupo “Ultras Cremas” (en alusión al ejército Nazi), y el grupo “Holocausto” del distrito del Rímac (en alusión al holocausto Nazi).

Del mismo modo, en 1993 los miembros de la barra norte del Universitario adoptaron el nombre de “Trinchera Norte”, de claras connotaciones bélicas. Hay que recordar que estos son los años del mayor enfrentamiento militar entre Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas. Al año siguiente, en 1994, la directiva de la barra se auto denominó la “Cúpula”, el mismo nombre con el que la policía y la prensa se referían al Comité Central de Sendero Luminoso. Igualmente, en 1995, otro grupo de barristas se autodenominó “El Buró”, nombre de la Comisión Política del mismo movimiento subversivo. Creo, sin embargo, que la apelación a la esvástica Nazi, y los nombres vinculados a Sendero Luminoso, se utilizaron libres de contenidos políticos. En realidad se trató de recursos simbólicos que buscaban expresar la “radicalidad” y la “violencia” que quería proyectar una barra que buscaba hacerse un sitio en el mundo popular.

Desde los primeros años del presente siglo los líderes de la barra de universitario han estado involucrados en varios incidentes de violencia y de tráfico de drogas, algunos de los cuales provocaron incluso muertes de hinchas rivales en su propio estadio, pero también de transeúntes inocentes que se vieron envueltos en enfrentamientos. Los medios de prensa denuncian la “lumpenización” de la otrora barra decente de un club de blancos de clase media y alta.

3. NARRATIVAS RADICALES

Los actos de violencia de las barras bravas se ven facilitados por el creciente predominio en el mundo del fútbol de narrativas radicales con fuertes contenidos homofóbicos, de feminización, y animalización del rival. En las últimas décadas estas narrativas han creado un clima cultural y moral permisivo a la violencia, situación que Mafessoli describe como el “espíritu de las bestias”. Como la violencia siempre tiene un objetivo, es decir, está dirigido contra alguien, en el fútbol la violencia se objetiva en el hincha o barrista del clásico rival. No se trata de cualquier hincha, sino de aquel identificado con los clubes que representan aquello que se rechaza visceralmente, identidad sintáctica en términos de Giulianotti y, además, con los que se disputa regularmente situaciones de superioridad o inferioridad. La rivalidad se desborda y tiñe de violencia. Los perpetradores de otro lado no son mal vistos por su entorno, todo lo contrario, tienden a ser distinguidos con un status de prestigio por la hazaña que le da castigar sin piedad al adversario.

Estas narrativas se construyen sobre la base de ideas y nociones que provienen de una concepción radical de masculinidad. Una que tiene como premisa que el fútbol es una problemática de hombres, no de mujeres, y mucho menos de hombres afeminados o considerados homosexuales. Se glorifica la virilidad, la fuerza, y la falta de frenos morales y emocionales en el enfrentamiento físico, al mismo tiempo que se busca feminizar al rival para descalificarlo y “bajarse” al rival. Uno de los recursos más utilizados es insultar, agraviar con gritos, silbidos y bullicios asociados a la caricatura de un comportamiento homosexual estereotipado, o de una mujer deseosa de tener un amante protector. Otro recurso similar sentido es la animalización del rival. Es decir, se caracteriza a los hinchas

rivales como animales y no como seres humanos racionales, lo que facilita el abuso y la violencia contra ellos. Estos últimos aparecen como seres humanos degradados, deshumanizados, una masa sin rostro ni derecho a los que se puede golpear sin miramientos.

La definición griega clásica del hombre como “animal racional” colisiona con la noción de “animalidad” que enfatiza el elemento instintivo, primario y no racional. Resulta que en la atmosfera permisiva en la que se vive, resulta relativamente sencillo actuar violentamente contra e individuos a los que se ha animalizado, es decir despojado de su condición humana para percibirlos como animales, a los que se les puede castigar sin tener que enfrentar la justicia. La historia de la humanidad presenta regularmente en sus ritos, mitos, leyendas y religiones, criaturas que asemejan ser un animal en forma humana. Pero en este caso, en el fútbol, no se trata de una representación antropomorfa, es decir de un animal humanizado o que dispone de dos brazos a ambos lados del tronco, una cabeza sobre éste y dos piernas inferiores, asemejándose a una persona. No, en el fútbol es un ser humano degradado de su condición a través de un proceso de animalización. Es decir un hombre animalizado.

La animalización se expresa de diversas maneras, Entre las hinchadas rivales predomina el uso extenso de narrativas e insultos al rival que hacen referencia a diferentes tipos de animales. En el fútbol peruano los principales clubes y comunidades de hinchas son etiquetados con nombres de animales. Los de Alianza Lima con los monos o gorilas (sinónimo de salvajes no humanos), los de Universitario con las gallinas (sinónimo de cobardes), los de Sporting Cristal como pavos (tontos) y los del Sport Boys como patos (Homosexuales). A todos estos animales, además, se les puede “comer”, una palabra que en el mundo popular y sobre todo en el fútbol tiene una connotación sexual. Comer es entendido también como penetrar, el peor agravio que puede recibir el machismo radical.

La animalidad también ha sido recogida por la prensa deportiva sensacionalista que la ha utilizado, incitado y difundido con fines comerciales, hasta convertirla en parte del vocabulario regular de las personas. La prensa deportiva en Perú es extensa y diversa. Hay cuatros diarios deportivos (Libero, El Bocón, Todo Sport y Depor), todos los diarios de

circulación nacional tienen suplementos o secciones dedicadas exclusivamente al deporte. Hay un canal de cable nacional exclusivo de deportes e innumerables programas en radio en todo el país, sin contar las páginas Web y programas de internet. Sin embargo el sentido de animalidad que utiliza la prensa en sus titulares y crónicas, es diferente del que utilizan los hinchas ya que homogeniza a todos los barristas de todos los clubes como bestias, animales salvajes, y desadaptados que merecen castigo. En la sociedad mayor, más allá del mundo del fútbol, incluso entre las autoridades políticas y la propia policía, predomina esta percepción construida y difundida por la prensa. Situación que da pie a que, con cierta frecuencia, la policía golpee a los barristas al ingresar al estadio o en sus alrededores por considerarlos seres deshumanizados, animales que solo “entienden a golpes”.

4. REFLEXION FINAL

La rivalidad siempre ha existido y va a existir en fútbol, es consustancial con su existencia. El desafío de nuestros tiempos es que la rivalidad se expresa a través de la violencia organizada, diversa en sus formas de expresión, y legítima para un sector amplio de la sociedad. ¿Qué se puede hacer? Convivir e incluso participar de ella pero gestionarla en sentido virtuoso. Desde las dirigencias de los clubes y desde las autoridades políticas se puede crear incentivos positivos a la competencia y la rivalidad. Una política pública dirigida a las comunidades de barristas más “duras” y consideradas en riesgo, que tienen líderes y una estructura de organización informal pero muy eficiente en su funcionamiento. Como en Perú la mayoría de los barristas organizados son jóvenes pobres y excluidos de los barrios populares, se pueden generar programas sociales integrales dirigidos a los líderes territoriales y a su segunda o tercera generación siguiente. Programas que respetando la identidad futbolística de cada comunidad, tiene que ofrecer alguna alternativa a las necesidades materiales más apremiantes de sus miembros (formación ocupacional, prevención sobre drogas) al mismo tiempo que potencia sus destrezas (capacidad de organización, de comunicación, y movilización).

Esto es posible porque el fútbol le da sentido, lazos de hermandad, y rutinas a los jóvenes barristas que muchas veces pertenecen a pandillas dedicadas meramente a pequeñas

actividades criminales. El futbol puede ser el instrumento que ayude a estos jóvenes a encontrar un rumbo y salir de las pandillas delictivas.

Para controlar o gestionar la violencia, sin embargo, se necesita del aporte de la prensa y los intelectuales que producen los discursos y la narrativas que dan forma a sus elementos de identidad, a la historia del colectivo con héroes y villanos propios, con jornadas épicas y trágicas. Se necesita que estos productores culturales de las rivalidades sean conscientes que reproducir y difundir narrativas homofóbicas y de animalidad no solo le hacen daño al futbol sino que perpetúan el autoritarismo cultural y debilitan, por ende, la ciudadanía.

Bibliografía

Archetti, Eduardo (1999): **Masculinities Football, Polo and the Tango in Argentina**; BERG, New York

Alabarces Pablo (2000): **Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina**; CLACSO, Buenos Aires

Giulianotti Richard and Gary Armstrong (2001); “Constructing Social Identities: exploring the structured relations of football rivalries”; **Fear and Loathing in World Football**; Berg publishers; UK?

Panfichi Aldo (2008); **Ese Gol Existe. Una mirada al Perú a través del fútbol**; Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima

Panfichi Aldo y Jorge Thieroldt (2002): “Barras Bravas: representation and crowd violence in Peruvian football”; **Fighting Fans Football Hooliganism as a World Phenomenon**; Eric Dunning, Patrick Murphy, Ivan Waddington, Antonio Astrinakis edited, University College Dublin Press

Mafessoli Michel (2005): **La Tajada del Diablo. Compendio de subversión posmoderna**; Siglo XXI, Buenos Aires.